

FJG

FUNDACIÓN JAIME GUZMÁN

ELECCIONES EN BRASIL: UN FACTOR GRAVITANTE

Nº 356 | 21 de septiembre 2022



Ideas & Propuestas

RESUMEN EJECUTIVO

El próximo 2 de octubre se celebrarán las elecciones generales en Brasil, país cuyo peso gravitante en Sudamérica es tal que sus resultados merecen ser considerados para comprender la posible reconfiguración internacional de las fuerzas políticas, representadas en sus presidentes. El presente “Ideas & Propuestas” lo dedicamos a repasar las razones históricas de ese rol gravitante, los principales problemas que ha enfrentado la actual democracia brasileña y las proyecciones existentes hoy, previo a la elección.

I. EL PESO GRAVITANTE DE UNA POTENCIA POR NATURALEZA

A pesar de constituirse mirando directamente a su metrópoli a través de las costas atlánticas, casi separada del resto de Sudamérica por su especificidad cultural portuguesa y la monumental magnitud de las llanuras y bosques amazónicos allende los Andes, desde el minuto de la Emancipación Iberoamericana estuvo reservado a Brasil –este septiembre de 2022 conmemoró el bicentenario de su independencia –el convertirse, a ojos de la Europa rectora del mundo, en una potencia tanto representativa de la región como gravitante dentro de la misma.

Acabado el Imperio en 1889, peculiar opción local de una exitosa monarquía constitucional, aunque regente sobre una de las últimas sociedades esclavistas de Occidente, en su reemplazo asimiló el republicanismo predominante en el hemisferio, bajo un modelo federal que permitió a ciertos círculos terratenientes estatales la virtual captura del sistema político, mientras el país se nutría de una oleada de migrantes europeos, e incluso japoneses. Tras la Primera Guerra Mundial, acorde a la inestabilidad antioligárquica

visible en Europa y países cercanos, como Argentina y Chile, hacia la década de 1920, grupos de oficiales militares encabezaron una serie de intentonas en clave reformista modernizadora, las que acabarían en la Revolución de 1930, sublevación de algunos estados devenida en golpe militar, que llevó al poder al jefe estadual de Rio Grande do Sul, Gétulio Vargas.

Bajo Vargas, protagonista central de la política brasileña hasta su muerte en 1954, se configura la modernización de Brasil, sobre todo durante los años del Estado Novo (1937-1945), bajo un presidencialismo autoritario, una línea económica estatista e industrializadora y un sistema de protección social de líneas corporativistas, que lo colocan entre los representantes de la era “clásica” del populismo latinoamericano. Su afinidad ideológica con regímenes como los de Portugal, España y el Eje, no le impidió girar oportunamente, durante la Segunda Guerra Mundial, en favor del alineamiento con Estados Unidos, lo que implicó cierta democratización, aunque con un marcado anticomunismo.



Foto: elpais.com

Tras su suicidio y el inmediato vacío de poder de tan señera figura, las presidencias de Juscelino Kubitschek (1956-1961), Janio Quadros (1961) y Joao Goulart (1961-1964) trataron de direccionar al enorme aparato estatal brasileño, ya fuertemente afectado por la corrupción, en una dirección desarrollista, inmortalizada en la fundación de Brasilia (1960) y la búsqueda de un rol protagónico en el “Tercer Mundo”. Sin embargo, infiltrada la política local por la dinámica de la Guerra Fría, el ascenso de Goulart intentó ser frenado el mismo 1961 con el intempestivo paso a un régimen parlamentario. Su populismo de masas, apoyado en la izquierda, la reversión al presidencialismo lograda por plebiscito (1963), su apelación a la suboficialidad castrense y su amenaza en llevar

las “reformas de base” hasta la expropiación de latifundios y refinerías, alentó a grupos conservadores, nacionalistas, empresariales y militares a concebir un golpe contrarrevolucionario.

La duradera dictadura (1964-1985), del control militar directo, derivó en 1967 a un nuevo orden constitucional, instaurando un republicanismo autoritario que incluía un Legislativo bipartidista, tutelado siempre por las Fuerzas Armadas, no sin luchas entre facciones internas. Este régimen alcanzó cierto papel referente en las demás dictaduras que por las mismas fechas se elevaron en la región. Sin embargo, a diferencia del caso chileno, no revisó en lo fundamental el sistema económico anterior, lo que a continuación habría de volverse un severo problema.

II. LA TAMBALEANTE DEMOCRACIA

Tras la apertura democrática tocaría a las presidencias de José Sarney (1985-1990) y Fernando Collor de Mello (1990-1992) hacerse cargo de la cuestión económica. La consagración democrática bajo un nuevo texto constitucional (1988), quedaba en parte eclipsada por las cifras de la hiperinflación desde 1990, frente a las que Collor de Mello fue el primero en apostar por medidas privatizadoras. Sin embargo, el desbarajuste de las medidas de choque en las finanzas domésticas y el destape de una desatada corrupción gubernamental condujeron a que fuese interpelado por el Congreso y destituido. La hiperinflación continuó en alza bajo Itamar Franco (1992-1994) y recién fue moderada cuando su ministro de Hacienda, Fernando Henrique Cardoso (1995-2002) accedió a la presidencia.

Cardoso, académico que en su juventud fue exponente regional de la «teoría de la dependencia», era ahora apoyado por el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) y llegó a ser una de las figuras más representativas de la renovación de la izquierda latinoamericana post-Guerra Fría, asimilando la aplicación de las medidas económicas del “neoliberalismo”, aun sin renunciar a ciertas reivindicaciones

de integración regionalista, como el desarrollo del MERCOSUR, creado en 1991; con un perfil similar al de su homólogo argentino Carlos Menem y a los de Eduardo Frei Ruiz-Tagle y Ricardo Lagos, en Chile.

Sin embargo, las mismas raíces de su éxito alimentaron el creciente malestar de una parte de la ingente población brasileña. Hacia 2000, el histórico contraste del Brasil turístico, carnavalesco y futbolero encabezado por una élite blanca, parecía estar rebasado por el mundo de la extrema pobreza de las favelas, de mayoría mestiza y afrodescendiente, controlado por la delincuencia asociada al narcotráfico dirigido por mafias armadas con amplio control territorial y a un explosivo índice de asesinatos, secuestros (cabe recordar el del publicista Washington Olivetto por el exfrentista chileno Mauricio Hernández Norambuena y otros en 2001), además de una alta población penal sin control efectivo. Además, el desgaste político del segundo mandato de Cardoso, los costos de su Plan Real alineado con el FMI y los efectos de la “crisis asiática”, venían alentando la idea de que la injusticia social era el verdadero mal nacional que remediar.



Foto: radio.uchile.cl

Este malestar fue aprovechado por Luiz Inacio da Silva, “Lula”, líder del Partido de los Trabajadores (PT), surgido como opositor en los últimos años de la dictadura, desde donde el dirigente siderúrgico comenzó a crecer, catapultándolo al rol de “eterno candidato” presidencial de una izquierda socialista que se sentía traicionada por la derechización “neoliberal” de la centroizquierda. Así, en 1989, 1994 y 1998 fue candidato, hasta resultar electo en 2002. Sus dos periodos presidenciales (2003-2010) se caracterizaron por cosechar los frutos de la estabilización económica implementada por Cardoso, coincidente con el descubrimiento de nuevos yacimientos petrolíferos que aumentaron la rentabilidad de la estatal *Petrobras*, los buenos precios que acompañaron a los *commodities* locales durante la década de 2000 (afectado levemente por la crisis *subprime*) y la aplicación de programas sociales exitosos, entre los que destacó *Hambre Cero*, que redujo sustantivamente la malnutrición infantil. Así, en su época, Brasil vio un sustancial aumento del PIB per cápita (de 3.070,91 a 11.286,24 USD), que la elevó como miembro del grupo económico BRICS y aseguró al mandatario la amplia popularidad de la que aún goza e incluso la sucesión, con el efectista detalle de hacer de Dilma Rousseff (2011-2016) la primera mujer presidente del país.

A pesar de su imagen de moderación, Lula se puso en una conveniente posición equidistante al revisionismo igualitarista de las políticas pro-mercado bajo Michelle Bachelet en Chile (2006-2010; 2014-2018) o de Tabaré Vázquez (2005-2010; 2015-2020) y José Mujica (2010-2015) en Uruguay, pero al mismo tiempo cercana al kirchnerismo argentino (2003-2015), al indigenismo de Evo Morales en Bolivia (2006-2019) y Rafael Correa en Ecuador (2007-2017); y no tuvo reservas en exponer sus simpatías por el dirigente del experimento “bolivariano” del “socialismo del siglo XXI”, el venezolano Hugo Chávez (1999-2013). Al mismo tiempo que él se blindaba en su popularidad ante los salpicones de corrupción en el PT, dejaba que éste desarrollara su iniciativa internacional en el Foro de Sao Paulo, que venía trabajando desde 1990, gestado como un lugar de encuentro y mutua cooperación regional izquierdista, abarcando desde agrupaciones de la centroizquierda “autoflagelante” de sus políticas libremercadistas, al naciente progresismo sofisticado de las masas urbanas de jóvenes “indignados” llegando a las agrupaciones clásicas del marxismo y guevarismo de Guerra Fría (como las FARC colombiana y el MIR chileno). De hecho, las posteriores gestiones de Carlos Ominami y Marco Enríquez-Ominami en favor de Lula son ejemplos públicos de cómo el Foro forjó estas redes internacionales.

Correspondería a Dilma hacerse responsable del coste político que venía creciendo, si bien hasta 2015 pudo sortear con alta popularidad el inicio de su segundo periodo, apoyada en medidas tales como la baja de la tasa de interés, la reducción del impuesto federal en las cuentas de luz y la exención del impuesto federal en diversos productos de la canasta de consumo. Ya en 2014, se destapó la operación *Lava Jato*, organización de lavado de dinero que acabó implicando a altos ejecutivos de *Petrobras*, a la constructora Odebrecht (con casos de soborno en buena parte de Sudamérica) y que llevó a declarar a la propia Presidenta, junto a otros exmandatarios implicados. Por el mismo año se comenzaron a notar signos de crisis económica y para marzo de 2015 inició una ola de protestas contra Dilma, la corrupción y la desaceleración económica. Esto alentó a la oposición parlamentaria a votar un *impeachment* (presentado incluso por uno de los fundadores del PT), haciéndola responsable de maquillar el presupuesto fiscal en el contexto de crisis; lo cual acabó siendo decidido por el Senado a favor de su destitución en agosto de 2016, asumiendo su vicepresidente, y ahora enconado enemigo, Michel Temer (2016-2018), quien debió enfrentar sus propias acusaciones de corrupción y una alta impopularidad. Por su parte, el propio Lula acabó recibiendo condenas desde julio de 2017, por sobornos recibidos de la citada constructora.

Para entonces, el ambiente político-social brasileño también había cambiado mucho y el congresista Jair

Bolsonaro, exmilitar, con el desenfado de una derecha desacomplejada que lo puso como paralelo regional de Donald Trump, o promotor de un conservadurismo antiprogresista al estilo de un Vladimir Putin, lo que le valía la adhesión, entre otros, de todo un grupo de fieles evangélicos de diversas denominaciones que han visto aumentar su adhesión en el país tradicionalmente católico, incluso entre la élite, hasta constituir una influyente bancada propia en el Legislativo federal al menos desde inicios de la década de 2010. Lula mantuvo hasta última hora, en septiembre de 2018, su candidatura y el primer sitio en las encuestas, a pesar de la pena de presidio que ya pesaba sobre él, pero acabó declinando en Fernando Haddad, tras la imposibilidad que la justicia dictó para su candidatura. Ello facilitó la oportunidad al derechista, pues la popularidad del caudillo del PT resultó intransferible, imponiéndose Bolsonaro por un 55% contra 44%.

Sin embargo, su gobierno (2019-), ha estado marcado por la polémica de sus declaraciones altisonantes, medidas como el nombramiento de Sergio Moro, juez que condenó a Lula, como su ministro de Justicia, el manejo en torno a la pandemia de COVID-19 y su escepticismo personal ante ella, pero, por sobre todo, al no poder remontar los índices macroeconómicos. Por otra parte, en un caso donde la judicialización de la política aparece cada vez más como la protagonista, entre 2019 a marzo de 2021, una serie de fallos han anulado las sentencias contra Lula, permitiéndole en este instante ser candidato presidencial.



Foto: infobae.com

III. LAS ELECCIONES QUE SE AVECINAN

El próximo 2 de octubre es la primera vuelta de las elecciones generales, que incluye las de presidente, gobernadores estatales, senadores, diputados federales y estatales. En la primera de ellas, se presentan 12 candidatos. En los sondeos más recientes, Lula alcanza a marcar una tendencia sobre el 40%, a la que Bolsonaro se acerca, en su mejor resultado a un 39%. Posiblemente, para la segunda vuelta (a celebrarse el 30 de octubre), será clave el traspaso de votos de Ciro Gomes, del Partido Democrático Laborista (socialdemócrata), quien es sindicado como la tercera opción, habitualmente por debajo del 10%. Los demás candidatos: Simone Tebet, José Maria Eymael, Felipe d'Avila, Léo Péricles, Pablo Marçal, Roberto Jefferson, Sofia Manzano, Soraya Thronicke y Vera Lúcia Salgado apenas marcan en las encuestas.

Conforme a los resultados de las encuestadoras, todo parece indicar que veremos a Da Silva y a Bolsonaro pasando a segunda vuelta, y que posiblemente

aumente la tensión que ya se ha visto en los debates efectuados. De hecho, los sucesos del denominado “Estallido Social” en Chile han sido citados en boca del presidente Bolsonaro el 29 de agosto, en que acusó a Lula de apoyar al Presidente Gabriel Boric, a quien sindicó de culpable de “causar incendios en el Metro”. Independiente de esta afirmación, la mención a nuestro país refleja lo interconectada que está a escala regional la pugna entre derechas e izquierdas.

Representando por sí sola a algo más del 50% de la población sudamericana, con sobre 210 millones de habitantes, y apenas un poco menos de su territorio, el resultado de estas elecciones de octubre en Brasil estará lejos de reducirse a un simple asunto local.



Capullo 2240, Providencia.

www.fjguzman.cl

 /FundacionJaimeGuzmanE

 @FundJaimeGuzman

 @fundacionjaimeguzman